

# 18 Escalones

Hace tiempo que ya no pido deseos al soplar una velita, que no puedo, siquiera, soportar aquella visión punzante en las sienes sin pensar en mi propia desaparición. La llama consume el tronco de cera de la pobre vela, cuya única razón para estar en el mundo poco difiere de la mía, por muy reticente que fuera a aceptarla cuando todavía veía esperanza en la literatura y la filosofía. Consumir una sobre un burdo pastel de cumpleaños es tomar conciencia del tiempo que me queda, o más largo y grave aún, del tiempo que perdí.

La última matanza de cera que tuve la desgracia de presenciar fue el ritual que conmemoró mis ochenta y cuatro años. Después de eso, nunca más. No hay razón para que tomara esa decisión a tan avanzada edad, nada tuvo de diferente aquella de las muchas otras celebraciones. Siempre la misma escena, el incendio, los minutos de agónica humanidad, los coros y la sensación de estar fuera de lugar.

Lo siguiente que hice censurar fueron las escaleras. Específicamente, el acto de subir las escaleras, o de bajarlas, dependiendo lo que le depare la otra vida, si hay otra vida, a un escéptico, como orgullosamente me mantengo hasta el día de hoy, evitando así el conocido síndrome del “cristiano a último momento”, que no es otra cosa que renunciar a la lucha contra el miedo homológico a la muerte o, dicho de otra forma, vender lo que te queda de orgullo por un consuelo frágil y patético.

De la mudanza se encargaron mis dos sobrinos, quienes todavía pagan agradecidas visitas a este saco de huesos viejos. La presteza con que hicieron el trabajo no fue menos que gratificante, pero por sobre todo resalto la buena voluntad y la humildad de mis queridos. Así es que, entre broma y broma, en apenas un par de horas mi habitación y biblioteca dejaron su lugar en el segundo piso para llenar las paredes del antiguo comedor, en desuso desde que los pies ligeros se llevaron a los pocos amigos que me quedaban.

¿A qué se debía este revuelo? Puesto que la mayoría de mis lectores no superarán los cuarenta, seguramente estén algo perdidos. Y se los digo ahora, es una suerte que lo estén.

Para empezar, estaba la cuestión física. Las rodillas tambaleantes, el dolor en los fémures y las articulaciones y el deprimente cansancio, simplemente exagerado para tan poco trayecto. Lo que me llevaba inevitablemente a concluir que el cuerpo se me había vuelto una carga, una carcasa estrujándome el alma con sus grilletes de carne, e inevitablemente después de aquella epifanía, penetraba el cuerpo la extraña certeza de que nunca volvería a jugar un partido de básquet, el hermoso deporte que contuvo mis mayores caídas, devolviéndome la risa, la picardía, formándome el carácter y las amistades que me acompañaron hasta la última tarde de té rememorando los mejores partidos en la mesita redonda del patio de casa.

Como anticipé el párrafo anterior, sobrevenían a las penas carnales las del espíritu, porque cada escalón era un paso más en la tumba, uno menos en la literatura y varios debajo en el poco aprecio propio que me quedaba, acentuado el desprecio cada vez que me resbalaba entre los dedos el bolígrafo, vencían a la voluntad las inseguridades, notaba que flaqueaba

el carácter luchador, o aún más esos días en que no podía escribir nada, a pesar de ser consciente de que vivía, de que aún vivo, a contrarreloj, dedicando cada hora de mi vida a volcar lo poco de racionalidad que me queda en el libro que legaré a la gente que amo, esos pocos vivos radiantes de juventud y el montón de vejestorios que, en algún lado, debe estar.

La escalera de mi casa tiene dieciocho escalones, pero bien podría tener diez o nueve. Para ustedes que han leído hasta el final, permítanme decirles esto desde mi experiencia subiendo y bajando escaleras por más de ocho décadas.

Al principio uno siente que está subiendo y subiendo, pero una vez que lleva años descendiendo en serio, se da cuenta por qué tiene aquella palabra su raíz en “Escala”.

Cosa rara el lenguaje, y el tiempo.